



CAPITULO III

KARINA INGMARSDOTTER

ERASE una mañana de otoño. Los niños de la escuela gozaban su recreo del mediodía. Storm y su hija Gertrudis entraron en la cocina y se sentaron á la mesa; su madre Stina les sirvió café. No habian vaciado su taza, cuando una visita entró: Halfoor Halfoorson, joven campesino que habia abierto un comercio en el barrio de la iglesia. Generalmente le llamaban Tims Halfoor, porque procedía de Tims-gard. Era un buen mozo, pero tenia el aire un poco desanimado. Madre Stina le sirvió también café y él se sentó junto á Storm.

La dueña de la casa hacía calceta sentada en un banquillo, ante la ventana, de manera que podía ver á los que pasaban por la calle. De repente se ruborizó, se inclinó para ver mejor, y dijo luego con aire y voz de simulada indiferencia:

—Me parece que el gran mundo se pasea hoy.

El joven comprendió, por su acento, que pasaba algo anormal; se levantó y, echando una ojeada al camino, vió á una mujer un si es no es encorvada y á un muchacho que se dirigían hacia la escuela.

—Si no me equivoco, esta es la propia Karina Ingmarsdoter—dijo la madre Stina.

—Sí, Karina en persona—afirmó Halfoor.

No añadió palabra; apartóse de la ventana, y, después de haber buscado algo así como un refugio á su alrededor, volvió á ocupar su sitio tranquilamente.

El verano último, cuando el padre de Karina, el Gran Ingmar, vivía aún, Halfoor había pedido la mano de Karina. La había cortejado por mucho tiempo, sin dejarse intimidar

por los peros y objeciones. La tradicional familia dudaba, no por ansia de dinero—ya que Halfoor era rico—sino porque su padre había gustado demasiado de la bebida; y se temía que el hijo hubiese heredado esta inclinación. Finalmente, se decidió darle la chica. El día de los esponsales quedó fijado, y, llegada la semana en que el pastor debía publicar las amonestaciones, Karina y Halfoor hicieron un viaje á Falun, para comprar la alianza y el libro de salmos. Pero, al regreso de este viaje, que había durado tres días, Karina declaró que no podía casarse con Halfoor. Lo había visto borracho una noche en Falun, y temía demasiado que se pareciese á su padre. Gran Ingmar, no queriendo forzar á su hija, significó al joven que lo despedía. Este se ofendió lo que no es decible. «—Haces caer sobre mí—dijo á Karina—una vergüenza insoportable. ¿Qué van á pensar de mí, al ver que me despachas afrentosamente? No hay derecho á obrar así con un hombre honrado como yo.»—Pero Karina no volvió atrás de su decisión, y Halfoor había que-

dado, á consecuencia de este asunto, desdichado y sombrío, siempre preocupado por la afrenta recibida de los Ingmarsson.

—¡Señor, Karina que se acerca—pensaba la madre de Stina,— y Halfoor está aquí! ¿Qué va á pasar?

No podía ya hablarse de reconciliación; desde el último otoño, Karina era la mujer de Elías Elof Ers-son. Su marido y ella habitaban en Ingmarsgard, y, á la muerte del Gran Ingmar habían tomado el gobierno de la granja. Ingmar había dejado cinco hijas y un hijo, pero éste no estaba todavía en edad de sucederle.

Y Karina entró. Podía tener veinte y tantos años, pero jamás su aire debió de ser el de una joven. En otras partes la hubieran encontrado fea, pues, como todos los de su familia, tenía los párpados gruesos, los cabellos tirando á rojos y una línea dura subrayando la boca. Pero en estos lugares que la habían visto nacer, todo el mundo se complacía en ver cuan grande era su parecido con el viejo Ingmarsson.

Karina, al ver á Halfoor, no manifestó ningún sobresalto. Avanzó con flemática lentitud, y fué saludando sucesivamente á todos. Cuando tendió su mano al joven, éste avanzó la suya nada más lo necesario para que se tocasen las puntas de los dedos. Siempre un poco inclinada, Karina ante Halfoor bajó la cabeza más que de ordinario, mientras que Halfoor, enhiesto, no perdió una pulgada de estatura.

—Karina dá hoy un paseo—comenzó diciendo la madre Stina, mientras le ofrecía el sillón del pastor.

—Ya lo creo—respondió Karina;—buena cosa es andar cuando ha helado.

—En efecto, ha helado esta noche—observó el maestro de escuela.

Nadie parecía tener otra cosa que decir, y reinó el silencio.

Al fin, Halfoor se levantó y su movimiento despertó á los otros como de un pesado sueño.

—Es necesario que me vuelva á mi comercio—dijo.

—Supongo que Halfoor no tiene tanta prisa—objetó la madre Stina.

—Espero que no soy yo quien hace salir á Halfoor,—añadió Karina.

Cuando se dirigía á él, su voz tomaba inflexiones humildes.

Desde que Halfoor volvió la espalda, el hielo se rompió, y Storm pareció recobrar el uso de la lengua. Contempló al muchacho que había entrado con Karina. Tenía poco más ó menos, la edad de Gertrudis. Era pequeño, y de rostro dulce, dorado. Su aire, un poco aviejado, indicaba muy bien su origen, su familia.

—Me parece que Karina me presenta un discípulo—dijo el maestro de escuela.

—Es mi hermano—respondió Karina.—Él es ahora el Ingmar Ingmarsson.

—Muy pequeño es para este nombre—advirtió Storm.

—Sí; su padre ha muerto demasiado pronto.

—¡Gran verdad!—dijeron á la vez el maestro y su mujer.

—Estaba en el colegio de Talun—continuó Karina;—por eso no le habéis visto aún.

—¿Y Karina volverá á mandarle este año?

Karina bajó sus gruesos párpados y suspiró profundamente.

—Dicen que adelanta en la lectura—dijo á manera de contestación.

—Mi único temor es no tener ya nada que enseñarle. Tal vez ya es tan sabio como yo.

—¡Oh, no! El maestro de escuela es mucho más sabio, sin comparación, que ese muñeco.

Nuevo silencio que Karina rompió al fin con estas palabras:

—No se trata solamente de asistir á la clase. Quería pedir al maestro de escuela y á la madre Stina, si el pequeño podría vivir aquí.

Storm y su mujer se contemplaron estupefactos.

—Es que nosotros estamos ahí un poco estrechos—dijo el primero.

—Había pensado que os podría dar manteca, leche y huevos, á cambio de ese favor.

—¡Oh, en cuanto á esto...!

—Me hariais un favor muy grande.

La madre Stina comprendió que este ruego extraño, por parte de Karina, atestiguaba un gran deseo de que se fuese en su auxilio. Tomó una decisión súbita.

—Karina no tiene que añadir ni una palabra — contestó. — Haremos todo lo que podamos por los Ingmarsson.

—Gracias—respondió Karina.

Y, mientras ellas conversaban arreglando la cosa, Storm condujo el muchacho á la escuela, lo sentó en el banco al lado de Gertrudis, y no dijo más en el resto del día.

Durante una semana Tim Halfoor permaneció apartado de la escuela, como si hubiese temido encontrarse allí con Karina. Pero una mañana en que llovía á cántaros, y no podía esperar que viniese ningún cliente, su corazón se sintió invadido de una sombría desesperación. «No sirvo para nada. Nadie me quiere», pensó, «acostumbrado á atormentarse á sí mismo, desde que Karina le había rechazado. Y se decidió á pasar por casa de la madre Stina, para darse el gusto de charlar con una persona caritativa y alegre. Cerró la tienda, abrochó su cazadora sobre el pecho, y subió á la escuela, entre la lluvia, el viento y los charcos.

Aún estaba en ella, feliz de sentir-

se allí, cuando sonó la hora del recreo de mediodía y Storm entró para tomar café, seguido de los dos niños. Los tres se llegaron á saludarle. El se levantó para saludar á Storm, pero cuando Ingmar le tendió la mano, se había ya sentado, y hablaba tan animadamente con la madre Stina, que no pareció ver al muchacho. Ingmar, silencioso, volvió á la mesa, y suspiró como Karina había suspirado días pasados.

—Halfoor ha venido á enseñarnos un reloj nuevo—dijo la madre Stina.

Halfoor sacó de su bolsillo un reloj de plata, un bonito reloj nuevo, no muy grande, con una flor de oro sobre la tapa. El maestro de escuela lo abrió, fué á buscar un lente de aumento, que se puso en el ojo, y examinó el movimiento. No se cansaba de contemplar la delicadeza de las ruedas y la ingeniosidad maravillosa del engranaje. El buen viejo no había visto en su vida un trabajo tan bello. Al fin, devolvió su reloj á Halfoor, quien volvió á metérselo en el bolsillo, sencillamente, sin la alegría y el orgullo que nos dan los

cumplidos de quien nos felicita por lo que poseemos.

Ingmar comía en silencio. Pero, cuando hubo terminado el café, preguntó á Storm si entendía de relojes.

—Sí—respondió el maestro,—ya sabes que entiendo de todo.

Entonces Ingmar sacó de su chaleco una especie de patata de plata, que parecía aún más grosera y fea después de haber visto el reloj de Halfoor. La cadena era también ordinaria y pesada. No había ya cristal sobre las agujas; el esmalte del horario había saltado en varios lugares, y la tapa no tenía más adorno que una abolladura.

—El reloj está parado—dijo Storm, apretándolo contra su oreja.

—Sí—respondió Ingmar;—y quisiera saber si puede arreglarse. ¿Qué os parece?

Storm lo abrió y oyóse un ruido como si todos los resortes saltasen.

—¡En este reloj han debido de hundirse clavos! Nada puede hacerse de él.

—¿El relojero Erik no podría hacer algo?

—Como yo: nada. Es mejor que lo

mandes á Falun; allí le pondrán ruedas nuevas.

—Sí, eso me parece—dijo Ingmar, tomando de nuevo su reloj.

—Pero, Dios mio, ¿cómo te las has arreglado, para ponerlo en este estado?

El muchacho se llevaba á la boca las migajas de la comida, y le ahogaban las lágrimas.

—Es el reloj de mi padre—murmuró.—El gran tronco de árbol que tumbó á mi padre, lo aplastó.

Estas palabras motivaron un gran silencio. Todos prestaron oído.

—Yo estaba en casa—continuó el chico con esfuerzo,—pues atravesábamos las vacaciones de Pascua, y fui el primero en llegar á la orilla en que mi padre estaba tendido. Apretaba el reloj entre sus dedos: «Soy hombre muerto, Ingmar, me dijo; siento mucho que el reloj esté estropeado, porque quiero que lo des á un hombre con el cual he obrado mal; saludale en mi nombre.» Y me dijo cómo se llamaba. Después me dijo que mandase componerlo en Falun. Pero como no he vuelto más á Falun, no sé que debo hacer.

El maestro de escuela empezó en seguida á discurrir si conocía á alguien que tuviese que ir próximamente á Falun, pero la madre Stina interrumpió:

—¿A quién debías entregar este reloj, Ingmar?

—No sé si puedo decirlo.

—¿No será á Tims Halfoor, aquí presente?

—Sí, á él es—murmuró el niño.

—Entonces dáselo tal como está; él lo preferirá así.

Ingmar se levantó dócilmente, res-tregó el reloj con su manga, para sacarle todo el brillo posible y atravesó á grandes pasos la sala.

—Vengo á saludaros de parte de mi padre—dijo á Halfoor,—y á entregaros esto.

Cuando Ingmar se acercó y se detuvo delante él, Halfoor, que había permanecido sombrío y silencioso, volvió los ojos y fijó en la dueña de la casa una de esas miradas que parecen implorar socorro.

—¡Dichosos los que procuran la paz!—dijo ella.

Él hizo un ademán, como para rechazar el reloj.

—Creo—pronunció Storm,—que Halfoor no debe pedir mejor satisfacción: yo he dicho siempre que, si Ingmar Ingmarsson hubiese vivido, hubiera dado hace tiempo á Halfoor la satisfacción que Halfoor merece.

Entonces el joven, siempre mirando á otra parte, extendió la mano, tomó el reloj, y cuando lo sintió entre los dedos, lo hundió bajo su cazadora y aún bajo su chaleco.

—¡A este reloj no lo van á robar!—dijo el maestro de escuela riéndose del cuidado con que Halfoor abrochaba su vestido.

Halfoor se echó á reír á su vez. Después se incorporó; los colores volvieron á sus mejillas; su respiración era profunda, y la mirada que paseaba á su alrededor llena de franqueza y alegría.

—Creo que Halfoor experimenta una especie de vida nueva—dijo la madre Stina.

El joven atravesó la sala, y llegóse hasta Ingmar que había vuelto á sentarse á la mesa.

—Puesto que yo he aceptado el reloj de tu padre—dijo,—tú aceptarás el mío.

Colocó el reloj nuevo sobre la mesa y salió de la habitación, sin una palabra de despedida.

Todo el día rodó por caminos y vericuetos. Algunos campesinos de Vertgarden, que habían venido por negocios le esperaron ante su tienda cerrada, desde el mediodía hasta la noche. Tims no compareció.

* * *

Elof Ersson, el que se había casado con Karina, había sufrido á un padre malo y avaro, que trató siempre con severidad implacable á su hijo. Cuando chico, apenas le daba la comida necesaria; ya mayor, no le había tolerado ningún esparcimiento; no le dejaba levantar mano del trabajo; nunca le permitió bailar ni siquiera descansar el domingo. El matrimonio no había modificado mucho su condición. Obligado á meterse en Ingmarsgard, y á obedecer á su suegro, había encontrado también en la vieja granja las ideas fijas de labor y de ahorro. Mientras Ingmar Ingmarsson vivió, Elías parecía satisfecho y se aplicaba, sin quejarse, á los trabajos de su dura servidumbre.

Todo el mundo decía que los Ingmarsson habían encontrado, al fin, yerno á su gusto, porque Elías no conocía en el mundo más que el trabajo.

Pero desde que el Gran Ingmar hubo muerto, el yerno modelo empezó á beber y á llevar una vida desenfrenada. A todos los troneras de la comarca, él los descubría, y los invitaba á que viniesen á Ingmarsgard ó corría con ellos bailes y tabernas. No pasaba día sin emborracharse. Pocos meses bastaron para convertirle en un desecho. La primera vez que Karina le vió borracho, semejante espectáculo le paralizó.—«Dios me castiga, pensó inmediatamente, por haber obrado mal con Halfoor.»—No dirigió á su marido ningún reproche, ninguna amenaza, sintiendo ya que era como un árbol condenado á la podredumbre y del cual no le cabía esperar apoyo ni sombra. Pero las hermanas de Karina, menos razonables, y á quienes esta vida desarreglada, esta zalagarda de orgías y canciones tabernarias—que aun desde la carretera se oían surgir de la

vieja granja, —llenaban de vergüenza, rompieron en sarcasmos y en invectivas contra Elías, de modo que él, aunque en el fondo era de buena pasta, entró á menudo en violentas cóleras. Todo lo cual trajo á la casa grandes discordias.

Karina no pensaba en otra cosa que en casar á sus hermanas, en libertarlas de la angustia en que ella vivía. Durante el verano casó á las dos mayores, y las dos menores, fueron enviadas á América, en donde algunas personas de la familia se habian ya establecido y hecho fortuna. Cada una recibió su porción de herencia: veinte mil coronas. Karina obtuvo la granja, pero quedó sentado que el joven Ingmar la adquiriría á su mayor edad, y que entonces Elías y su mujer se marcharían á otra parte.

Pareció asombroso que Karina, con su torpeza é irresolución aparentes, llegase á preparar todo eso, enteramente sola, sin ayuda de nadie, logrando que levantaran el vuelo tantos pájaros, dándoselo todo, maridos, ajuares, billetes para América. Sin embargo, lo que más le preocupa-

ba era su hermano, que ya se llamaba ahora Ingmar Ingmarsson. Aún más que sus hermanas, Ingmar se sublevó contra Elías, no con palabras, sino con actos. Un día tiró todo el aguardiente que su cuñado habia comprado, y éste le sorprendió otro día ocupado en aguar sus licores.

Cuando, al llegar el otoño, Karina insistió en que volviese al colegio, su marido, que era el tutor del niño, se opuso.

—Ingmar será labrador, como yo, como tu padre y como el mío— declaró Elías.—¿Qué haría en el colegio? En invierno, él y yo iremos al bosque á carbonar. Es la mejor instrucción que puede dársele. Yo, á su edad, pasaba todo el invierno en la choza de un carbonero.

Karina no pudo vencer su resistencia, y debió resignarse á quedarse con Ingmar. Elías quiso ganarse el cariño del chico. Se lo llevaba á todos sus viajes; hacía que, aunque harta mala gana, le siguiese; pero el muchacho se negaba obstinadamente á tomar parte en las borracheras de su cuñado. Cuando partían, éste juraba que no iría sino

á la iglesia ó á la tienda del especiero; pero en cuanto Ingmar estaba instalado en la carreta, lanzaba ésta al trote, y ya solo la detenía ante la fragua de Bergsana ó la posada de Karmsund. Al principio, Karina estaba contenta de que se hiciese acompañar por Ingmar; era una garantía de que no iba á quedar dormido en un foso y no reventaría el caballo.

Una mañana, hacia las ocho, Elías entró conduciendo á Ingmar dormido.

—Ven á recogerlo, y éntralo—gritó á su mujer.—El chico se ha emborrachado. No puede tenerse sobre sus piernas.

Karina se impresionó tanto, que sus rodillas se doblaron y tuvo que sentarse un instante sobre un escalón. Cuando tomó el niño entre sus brazos, ya no dormía, pero estaba frío, sin conocimiento, como muerto. Le llevó al cuartito, y allí, encerrándose con él, intentó reanimarlo. Algunos instantes después, vino á encontrar á Elías, que se había sentado á la mesa para almorzar, y le puso la mano sobre el hombro:

—Te aconsejo—le dijo,—que comas con apetito; porque si has matado á mi hermano, tendrás en lo futuro vida más perra que en Ingmarsgard.

—¿Qué quieres decir?—replicó el marido.—¡Un poco de aguardiente no daña tanto!

—Lo dicho, dicho—insistió Karina, hundiéndole en el hombro sus dedos flacos y fuertes.—¡Si muere, no te escapas de veinte años de presidio, te lo juro, Elías!

Cuando volvió al lado de su hermano, éste había vuelto en sí, pero en sus miembros, que no podía mover, sentía dolores vivísimos.

—¿Crees que voy á morir, Karina?—dijo.

—¡No, hombre!—contestó ella, sentándose á la cabecera.

—Yo no supe lo que me daban.

—Gracias sean dadas á Dios—dijo Karina gravemente.

—No lo sabía, no; te lo juro.

Durante todo el día, Ingmar deliró.

—Sobre todo, no digas nada á padre—imploraba.

—No, hombre. Nadie le dirá nada.

—Pero si me muero, padre lo sabrá, y yo me avergonzaré, porque pensará que debía haberme guardado de lo que me ofrecía Elías. ... ¿Crees—proseguía,—que todo el mundo sabe en el pueblo que yo estaba borracho? ¿Qué dicen los criados de la vieja Lisa? ¿Y Stark?

—No dicen nada.

—Tú les contarás la historia..... Mira; ellos habían bebido toda la noche, mientras yo me dormí en un banco... Fué en la posada de Karm-sund... Entonces, Elías vino á despertarme, y me dijo cordialmente:—«Sube, Ingmar, á ver si te doy algo que te caliente... Bebe eso. Es agua con azúcar.»—Yo tenía frío, y cuando probé el vaso que me ofrecía, solo noté que aquello era caliente y azucarado... También era muy fuerte... ¿Y ahora, qué dirá padre?

Karina abrió la puerta, para que Elías, que aún estaba comiendo, oyese:

—¡Ah, si padre viviese!...—continuó el muchacho.

—¿Por qué, Ingmar?

—¿No te parece que me mataría? Elías soltó una risotada, y oyendo

esta risa, el niño se volvió tan pálido, que su hermana [se apresuró á cerrar de nuevo la puerta.

Sin embargo, á consecuencia de este incidente, Elías, bastante intimidado, no se opuso á que Karina condujese á Ingmar á casa del maestro de escuela.

* * *

Durante los primeros tiempos en que Halfoor poseyó su reloj, nadie iba al barrio de la Iglesia sin encontrar un pretexto para entrar en la tienda y hacerse contar la historia. Los campesinos, envueltos en sus largas pellizas blancas, permanecían horas enteras con los codos sobre el mostrador, vueltas las caras arrugadas y serias hacia el joven, mientras éste hablaba del Gran Ingmar. Hacia el fin de la narración echaba mano á su reloj de tapas abolladas y horario cuarteado.

—¡Ah!—decían entonces los campesinos.—Aquí alcanzó el golpe.

Y toda la escena revivía á sus ojos.

—En verdad—añadían,—que es grande privilegio, Halfoor, poseer este reloj.

Cuando Halfoor dejaba ver este objeto venerable, se guardaba mucho de soltarlo, y lo retenía asido por la cadena.

Un día en que estaba rodeado de un grupo de campesinos y el reloj pasaba así de mano en mano, entró Elías en la tienda. La historia había llegado á sus oídos, sin que, por lo demás, despertase sus celos; pero encontraba ridículo que todo el mundo permaneciera así en contemplación de aquella vetustez estropeada. Se deslizó detrás de los inclinados sobre el mostrador, y para embromar á Halfoor, avanzó bruscamente el brazo y arrancó el reloj con la cadena. Halfoor se precipitó. Elías dió un salto atrás, manteniendo el objeto en alto, como un terrón de azúcar con el cual se excita á un perro. Halfoor puso una mano en el mostrador, y saltó encima de él, con ademán tan furioso, que el otro en lugar de devolverle el reloj, huyó espantado hacia la puerta. A ésta accedía una escalera de madera con los escalones usados. Elías hundió el pie en un agujero, vaciló y cayó.

Ya Halfoor se había echado sobre

él, y, recuperando el reloj, le propinó duramente algunos puntapiés.

—No vale la pena de golpearme— dijo el borracho con voz ronca.— ¡Mira mi costado!... No puedo valerme de brazo ni pierna para levantarme... ¡Ayúdame!

—Ya te ayudarás tu mismo cuando hayas dormido la mona.

—Si no estoy borracho. Es que tuve una mala caída.

Acertaba. Halfoor recogió al miserable que yacía á sus pies, y fué necesario volverle á Ingmarsgard en su cochecillo de fondo plano.

Con el hombro roto, con las piernas colgando como la correa de un látigo, clavado en su cama para el resto de sus días sin fuerza ni movimiento, Elías no había perdido el uso de la palabra, y mañana y noche pedía aguardiente. El doctor había prohibido á Karina darle una gota de alcohol. Y toda la granja se llenó entonces del ruido infernal de blasfemias y de palabras groseras.

El enfermo, queriendo beber á todo trance, intentaba obtener á gritos lo que no alcanzaban sus súplicas, é impedía á todo el mundo dormir. Este

año fué el más duro para Karina; y más de una vez se creyó llegada al límite de sus fuerzas. El maestro de escuela continuaba guardando á Ingmar, porque no quería que el muchacho volviese á la granja ni un sólo día, aunque fuese el día de Navidad. Todos los criados de Ingmarsgard, estaban más ó menos emparentados con los dueños y habían crecido y envejecido junto á ese hogar; sin lo cual no hubiesen permanecido allí, pues Elías buscaba medios sutiles de atormentarles, y les hacía pasar las noches en claro.

Karina vivió en este desconsuelo un invierno, un verano y otro invierno; cuando quería estar sola se había acostumbrado á ir á cierto sitio para pensar en su desgracia. Era un banco estrecho, detrás del jardinillo de lúpulos. Permanecía sentada allí con los codos en las rodillas, el mentón entre las manos, los ojos sin mirada, sin ver nada de los campos vastísimos que se sucedían hasta las líneas numerosas de las colinas y de las montañas.

En este lugar Karina se había refugiado en una tarde de abril, débil

y descorazonada, como se está á veces en invierno cuando la nieve aparece polvorienta y sucia y las lluvias no han lavado aún el suelo. El sol era picante, pero el viento del norte jugaba libre y fuertemente á su alrededor, porque las plantas de lúpulo que estaban durmiendo el sueño invernal bajo su manto de pinocha, no le protegían aún. Algunos papeles viejos, trapos y briznas de hierba seca se movían atorbellinadamente en el suelo. En lo alto de las montañas, las nieves que se fundían, se evaporaban en la niebla. Las cimas de los sauces comenzaban á tomar su tinte violeta, pero en lo alto de la cordillera de montañas se deslizaba todavía un festón de nieve. Sin duda llegaba la primavera; pero Karina se sentía más fatigada que jamás. Todos los trabajos, que proseguían sin tregua: las siembras, la siega, la cocción del pan, la colada, el tejer, la costura, le inspiraban una especie de terror. Se sentía aplastada anticipadamente.

—¡Morir! ¡Quién pudiera!—murmuró lentamente.—Ya no vivo sino para impedir que Elías beba.

En este momento levantó los ojos, como si hubieran pronunciado su nombre. Halfoor estaba delante de ella, apoyado en la tapia, y la contemplaba. Karina no le había oído llegar, pero el joven debía de estar allí desde hacía algún tiempo.

—Ya me figuraba que te encontraría aquí—dijo.

—¡Ah, te lo figurabas!

—Sí. Recordaba que en otros tiempos solías venir á este lugar, cuando disponías de un instante para acariciar tus penas.

—En este tiempo no tenía yo muchas penas que acariciar.

—Cuando no las tenías, las inventabas.

Al verle alto y gallardo, pensó Karina que él la encontraba ridícula por no haberle escogido. «Le parece, se dijo, que ha llegado el momento de venirse á burlar de mí».

—Vengo de hablar con Elias. He venido, sobre todo, para hablar con él.

Karina no respondió. Permanecía con el busto derecho y rígido, con los párpados bajos, mano

sobre mano, resignada á tolerar los sarcasmos.

—Le he dicho—prosiguió Halfoor, —que me consideraba responsable á medias de su desgracia, puesto que el accidente había tenido lugar en casa.

Se detuvo, esperando un signo de asentimiento ó de desaprobación, pero Karina permaneció silenciosa.

—Por eso he querido saber si aceptaría el venir á habitar en ella por algún tiempo. Eso le distraería un poco. Vería más gente que aquí.

Oyendo estas palabras, Karina levantó sus párpados, sin moverse.

—Y así lo hemos convenido—continuó Halfoor.—Desde mañana, le harás transportar á casa. Ya me figuro que, si consiente, es porque se figura que yo le daré aguardiente. Pero ya comprendes, Karina, que no beberá ni más ni menos que en tu casa... Te esperaré mañana. Ocupará el camaranchón de la trastienda, y le he prometido que la puerta permanecería abierta y que así vería mucha gente.

Karina se había preguntado al pronto si no se trataba de una inven-

ción para burlarse de ella, pero á medida que el joven hablaba se daba cuenta de cuán seriamente lo hacía. Siempre había supuesto que Halfoor la había solicitado porque era rica y de buena familia. Y, como á su propio juicio, ella no era de las que atraen las miradas de los hombres, jamás había creído que se la pudiese amar por sí misma. Por eso lo mismo le había importado Halfoor que Elias. Pero cuando Halfoor vino á ayudarla, á soportar su pesada carga, ante tanta bondad, y, tal vez ante tanto amor, su corazón se puso á latir de una manera inquieta y violenta. Despertó en ella algo que jamás había sospechado. Experimentó que la bondad de Halfoor calentaba todo su sér, y que el amor prendía en él como una llama.

Él continuaba exponiendo su proyecto, con el temor de que ella le hiciera objeciones.

—También Elias es digno de lástima—decía.—El pobre necesita la variedad. Seguramente no será tan malo conmigo como contigo. Siempre hay diferencia entre creerse ó no el amo.

Karina no sabía que hacer, que decir; le parecía que no podía hacer un gesto ni pronunciar una palabra que no revelase á Halfoor toda su ternura y todo su amor. Sin embargo, debía contestar. Halfoor, siempre en pie, esperaba su respuesta. Se levantó, como empujada por una fuerza irresistible, avanzó hasta él y le acarició dulcemente la mano.

—¡Que Dios te bendiga, Halfoor—dijo con voz entrecortada,—que Dios te bendiga!

¿Adivinó el joven lo que pasaba por ella? Cogióle bruscamente la muñeca y la atrajo con violencia.

—¡No! ¡No!—gritó ella, espantada, arrancándose á su abrazo y huyendo.

* * *

Elias fué, pues, á habitar con Halfoor, y pasó todo el verano en la trastienda. Pero el joven no debió ocuparse mucho tiempo de él, porque murió en otoño.

Poco tiempo después de su muerte, la madro Stina dijo á Halfoor:

—Me gustaría que Halfoor me prometiese una cosa.

El se estremeció y levantó la cabeza.

—Halfoor me va á prometer ser muy paciente respecto á Karina.

—Ciertamente, —respondió él, asombrado.

—Sí; es una persona digna de que se empleen siete años cumplidos, si es necesario, para conseguirla.

Pero la paciencia no era una cosa cómoda para Halfoor. Apenas hacía quince días que Elías estaba enterrado y ya empezaron los dimes y diretes. Se citaban ya los nombres de los que pretendían la mano de Karina. Un domingo, por la tarde, el joven, sentado en los escalones de su tienda, se entretenía en ver pasar los transeuntes, cuando reparó en una serie de carricoches muy lucidos que avanzaban camino de Ingmarsgard. El primero iba conducido por uno de los contramaestres de la fábrica de Bergsana, el segundo por el hijo del fondista de Karsmund; y Berger Persson, fuerte propietario del pueblo más próximo, se repantigaba en el tercero. Era el labriego más rico de toda la Dale-

carlia occidental, hombre entendido y de sólida reputación, de edad sazónada, casado una vez, casado otra vez en segundas nupcias, y nuevamente viudo.

Cuando reconoció á Berger Persson, Halfoor no pudo contenerse. Un instante después, ya estaba en camino, más allá del puente, del lado en que se levantaba la vieja alquería.—«Querria, simplemente, ver —se dijo á sí mismo, á modo de excusa,—á donde iban todos esos coches.»—A medida que los seguía, se impacientaba.—«Lo que hago es absurdo—dijo, pensando en la recomendación de la madre Stina.—Pero iré hasta la reja. Quiero ver lo que pasa allá abajo.»

Berger Persson y los otros dos hombres, se habían instalado en la sala de Ingmarsgard y tomaban café. Ingmar Ingmarsson, que continuaba habitando en casa de Storm, pero que cada domingo era conducido á la granja, estaba sentado á la mesa, ocupando el sitio del amo de la casa. Karina había pretextado ocupaciones domésticas, y todas las criadas

habían salido á oír el sermón del maestro de escuela.

Grave aburrimiento reinaba en la vasta estancia. Los pretendientes bebían el café en silencio. Apenas se conocían, y cada uno de ellos acechaba la ocasión de deslizarse hasta la cocina, para hablar con la dueña.

Abrióse la puerta y entró un nuevo visitante. Ingmar dió algunos pasos á su encuentro y le condujo hacia la mesa.

—Es Tims Halfoor Halfoorsson— dijo á Berger.

Berger saludó, sin levantarse, moviendo levemente la mano, y dijo, en tono ligeramente burlón:

—Mucho me honra ser presentado á hombre tan conocido.

Ingmar adelantó una silla para Halfoor con tal ruido, que éste se halló dispensado de responder.

La llegada de Halfoor desató las lenguas de los pretendientes. Tornáronse charlatanes; se pavonearon, colmándose de elogios, sosteniéndose, excitándose uno á otro, como si se hubieran juramentado para colocar al nuevo fuera de la partida.

—Magnífico caballo teniais hoy—

dijo el contraamaestre, dirigiéndose á Berger Persson.

Este le devolvió el piropo, apresurándose á felicitar al contraamaestre por cierto oso que había muerto el año anterior. Después, los dos, se volvieron al joven fondista y le hicieron grandes elogios de la parte nueva de la posada, que su padre acababa de construir. En fin, el contraamaestre y el fondista celebraron á coro la riqueza de Berger Persson. Su elocuencia no se agotaba y cada una de sus palabras dejaba entender á Halfoor que su humildad no le permitía compararse á ellos. Y Halfoor se daba cuenta de su pequeñez, y ya sentía amargamente el haber venido.

Karina entró para servir una segunda taza de café. A la vista de Halfoor experimentó de pronto un gran sentimiento de alegría; pero luego pensó que, habiendo pasado tan poco tiempo de la muerte de Elías acá, su visita sería mal interpretada, y su apresuramiento haría sospechar que había cuidado mal á Elías, para sucederle más pronto. Karina prefiriera que hubiera espe-

rado un par de años. Este hubiera sido un lapso decoroso, y las gentes comprenderían que no había querido mal al difunto.—¿Por qué se apresura de este modo?—dijo.—¿No sabe que jamás debo casarme sino con él?

Cuando Karina entró, reinó otra vez el silencio en la sala, y los allí reunidos multiplicaron su silencio para ver de que modo Halfoor y ella se saludarían. Se tocaron apenas la extremidad de los dedos. Entonces, el gran propietario, decano de los conjurados, dejó escapar un silbido breve y agudo, que pareció autorizar al contraamaestre á soltar la carcajada.

Halfoor se volvió hacia él, y le dijo en tono muy tranquilo:

—¿De qué se ríe el contraamaestre?

Este último no encontró de pronto palabras con que responder, porque no hubiera querido, delante de Karina, soltar una frase molesta.

—Piensa en el perro de caza que levanta la liebre y deja á los cazadores el cuidado de cobrarla—respondió el fondista.

Con la cara encendida, Karina servía el café.

—Berger Persson y todos vosotros—dijo, excusándose,—os contentaréis con café, porque en Ingmarsgard no damos alcohol.

—Ni en casa tampoco—respondió el decano.

El contraamaestre y el joven fondista se callaron, porque comprendieron, sobre todo este último, que Berger acababa de obtener sobre ellos una señalada ventaja. Este disertó con complacencia sobre la templanza y sobre los peligros del aguardiente, y Karina le escuchaba, satisfecha de encontrar sus propios pensamientos en boca de hombre tan respetable.

Mientras hablaba, Berger Persson echó una ojeada á Halfoor y le vió sentado, sombrío y mudo, antesu taza intacta. «No deja de ser un poco duro para él, pensó, si es verdad, como dicen, que le ha ayudado un poco á Elias á liar el petate. Francamente, era una buena acción la de librar á Karina de marido tan miserable». Y la sensación de que su propia causa estaba ganada más que á medias, le hizo más amable hacia el joven. Levantó la taza, y dijo:

—¡A tu salud, Halfoor! Has sido de gran socorro para Karina, cuidando al desgraciado de su marido.

Halfoor, con los ojos fijos, se preguntaba cómo debía acoger estas palabras.

El contramaestre soltó el trapo.

—¡Sí, de gran socorro—exclamó— de gran socorro!

Y el fondista repitió sonriendo:

—¡Oh, sí, de gran socorro!

Aún no habían acabado de reír, y ya Karina se había deslizado fuera de la estancia, como una sombra. Se detuvo junto á la puerta de la cocina, con la oreja tendida á cuanto se decía, triste y desesperada porque Halfoor había vuelto tan pronto. Su precipitación acabaría por hacer el matrimonio imposible, porque las malas lenguas ya empezaban á agitarse.

«No sé como podré soportar su pérdida» se preguntaba, con la mano crispada sobre el corazón.

Oyó, en medio del silencio, que se movía una silla. Alguien se levantaba.

—¿Halfoor va á partir?—preguntó el joven Ingmar.

—Sí—respondió Halfoor,—no puedo quedarme más. Ya me despedirás de Karina.

—Halfoor puede pasar á la cocina á despedirse.

—No, todo está dicho entre nosotros.

El corazón de Karina se puso á latir y sus pensamientos se precipitaron. Halfoor estaba enfadado con ella. Y ¿quién lo extrañaría? Karina le había tocado la mano apenas, y, cuando los otros se habían mofado de él tan cruelmente, no sólo no lo había defendido, sino que se había escapado sin decir nada. Ahora, Halfoor creía que ella no le amaba. Partía. Jamás volvería á poner los pies en la granja. ¿Cómo había podido obrar así, ella, que le quería tanto? De repente, el viejo decir de su padre le vino á la memoria: «que los Ingmarsson no debían vivir de la opinión de los hombres, sino seguir únicamente los caminos de Dios».

Karina abrió la puerta y se encontró ante Halfoor, antes que éste hubiese tenido tiempo de franquear los umbrales.

—¿Vas ya á partir, Halfoor?—dijo.

—Me figuraba que te quedabas á cenar aquí.

El joven la miró; Karina había cambiado de aspecto y aparecía roja y ardiente, con algo de conmovedor y tierno que él no le conocía aún.

—Es que me marchaba—dijo, sin comprender lo que ella quería,—es que marchaba para no volver más.

—¡No, hombre! Ven á tomar tu café.

Le tomó por la mano y le condujo de nuevo á la mesa, y su rostro se encendía y palidecía sucesivamente, y los ánimos le faltaron más de una vez. Pero se sostuvo, aunque el desprecio y el sarcasmo fuesen para ella el más amargo de los sufrimientos. «A lo menos, verá que quiero compartir con él tan pesada carga», pensó.

—Oid, Berger Persson y los demás:—dijo Karina—Halfoor y yo aun no hemos hablado del asunto, porque hace muy poco tiempo que soy viuda; pero me parece preferible que todos lo sepan desde ahora: prefiero casarme con Halfoor que con otro cualquiera.

Se detuvo, porque su voz temblaba. Después prosiguió:

—No importa que cada cual lo comente á su gusto.

Y se acercó á Halfoor, como para buscar á su lado un refugio contra las malas palabras.

Los pretendientes permanecieron silenciosos, asombrados sobre todo al notar la mudanza de Karina, que en su vida había tenido el aire tan joven, tan de muchacha.

—Cuando recibí el reloj de tu padre—dijo al fin Halfoor, con voz insegura,—creí que ya no me podría suceder nada más grande; pero lo que acabas de hacer lo rebasa todo.

Karina, llena de angustia, continuaba esperando lo que dirían los otros. Entonces Berger Persson se levantó.

—Queremos—declaró este varón excelente,—felicitar á Karina y Halfoor, porque sabido es que aquel á quien escoge Karina Ingmarsdotter está sin mancha y sin reproche.